

# Índice

AGRADECIMIENTOS.....	11
PRESENTACIÓN.....	15
EL MARCO NECESARIO:	
LA GUERRA LLEGA A MADRID Y SE ESTANCA .....	19
«Madrid, Madrid, Madrid» .....	19
Proyectos de asalto a la capital.....	24
Campus de batalla.....	32
La penetración en la Universitaria .....	36
«Adiós, mi Universidad».....	60
APRENDIENDO A VIVIR SOBRE UN VOLCÁN: LA UNIVERSITARIA	
DESDE DICIEMBRE DEL 36 A LA PRIMAVERA DEL 37 .....	69
Poca Historia, mucha intrahistoria .....	69
Diciembre de 1936 y enero de 1937:	
acondicionando el recinto defensivo.....	75
Febrero de 1937: el mes del Jarama.....	85
Marzo del 37: el mes de Guadalajara .....	88
LA DIVISIÓN DE MADRID NÚMERO UNO Y LA	
OFENSIVA REPUBLICANA DE ABRIL DE 1937 SOBRE LA	
CUESTA DE LAS PERDICES Y EL CERRO DEL ÁGUILA .....	93
Vicisitudes de una división .....	93
Tres personajes clave de la 1. <sup>a</sup> División de Madrid y de la	
Brigada de Vanguardia de la Ciudad Universitaria .....	97
La ofensiva republicana de abril de 1937 sobre la	
Cuesta de las Perdices y el cerro del Águila.....	107
Consecuencias de la ofensiva de abril.....	114
EL INFORME SOBRE EL SECTOR DEFENSIVO DE LA	
CIUDAD UNIVERSITARIA EMITIDO POR LA	
DIVISIÓN DE MADRID NÚMERO UNO EN MAYO DE 1937 .....	121
El informe y su estructura.....	121
Dispositivo defensivo de la Ciudad Universitaria	
en mayo de 1937 .....	124

# Índice

AGRADECIMIENTOS.....	11
PRESENTACIÓN.....	15
EL MARCO NECESARIO:	
LA GUERRA LLEGA A MADRID Y SE ESTANCA .....	19
«Madrid, Madrid, Madrid» .....	19
Proyectos de asalto a la capital.....	24
Campus de batalla.....	32
La penetración en la Universitaria .....	36
«Adiós, mi Universidad».....	60
APRENDIENDO A VIVIR SOBRE UN VOLCÁN: LA UNIVERSITARIA	
DESDE DICIEMBRE DEL 36 A LA PRIMAVERA DEL 37 .....	69
Poca Historia, mucha intrahistoria .....	69
Diciembre de 1936 y enero de 1937:	
acondicionando el recinto defensivo.....	75
Febrero de 1937: el mes del Jarama.....	85
Marzo del 37: el mes de Guadalajara .....	88
LA DIVISIÓN DE MADRID NÚMERO UNO Y LA	
OFENSIVA REPUBLICANA DE ABRIL DE 1937 SOBRE LA	
CUESTA DE LAS PERDICES Y EL CERRO DEL ÁGUILA .....	93
Vicisitudes de una división .....	93
Tres personajes clave de la 1. <sup>a</sup> División de Madrid y de la	
Brigada de Vanguardia de la Ciudad Universitaria .....	97
La ofensiva republicana de abril de 1937 sobre la	
Cuesta de las Perdices y el cerro del Águila.....	107
Consecuencias de la ofensiva de abril.....	114
EL INFORME SOBRE EL SECTOR DEFENSIVO DE LA	
CIUDAD UNIVERSITARIA EMITIDO POR LA	
DIVISIÓN DE MADRID NÚMERO UNO EN MAYO DE 1937 .....	121
El informe y su estructura.....	121
Dispositivo defensivo de la Ciudad Universitaria	
en mayo de 1937 .....	124

El otro lado de la colina y de los relevos .....	226
Sobre la organización y servicios del sector .....	230
LA «PASARELA DE LA MUERTE» .....	239
Historia accidentada de un paso.....	239
Capítulo inédito: un túnel bajo el Manzanares .....	267
LA VIDA EN LA UNIVERSITARIA .....	275
¡Diana! .....	275
La llegada a la Universitaria .....	277
De caminos y villas .....	284
Comida, animales de «compañía» y noticia breve sobre la (des)uniformidad.....	294
La banda sonora original de la Ciudad Universitaria: los altavoces del frente.....	313
Prensa, correo, propaganda... y algo de literatura .....	322
Tierra de nadie .....	335
Los visitantes.....	342
El «hospitalillo de Arquitectura» .....	350
Tiempo de ocio... ..	357
... Tiempo de devoción... ..	366
... Tiempo de morir.....	376
EPÍLOGO: EL 28 DE MARZO DE 1939 EN MADRID.....	391
1938 .....	391
Reducción de efectivos en la Universitaria .....	399
Madrid solo tiene un deseo: acabar.....	404
El 28 de marzo de 1939 en Madrid.....	406
ANEXOS.....	421
Anexo A: La Ciudad Universitaria de Madrid después de la guerra.....	421
Anexo B: La guerra de minas en la Universitaria .....	428
Anexo C: De la Laureada colectiva a las fuerzas defensoras de la Ciudad Universitaria y otras recompensas .....	436
BIBLIOGRAFÍA COMENTADA .....	449
Fuentes primarias .....	449
Obras generales sobre el frente de Madrid.....	451
Testimonios y novelas .....	452
Ciudad Universitaria.....	454
El final de la guerra en Madrid .....	455
Militaria.....	456
Prensa .....	459
Fotografías, fuentes orales, Internet y películas .....	461
ÍNDICE ONOMÁSTICO .....	465

# Agradecimientos

Aunque este oficio de escribir es eminentemente solitario, yo nunca me he sentido solo a lo largo de los muchos años de trabajo dedicados a la documentación, elaboración y redacción de este libro. Para Elena, la luz de mi vida a quien va dedicado este trabajo, guardo en mi corazón todo el agradecimiento que sé dar, además de mi admiración y, más importante, un profundo amor. Si soy un hombre eminentemente afortunado en mi vida, mi mayor suerte es tener a mi lado a una mujer como ella. Su familia y la mía, sus amigos y los míos, siempre están ahí arropando y dando luminosidad a la pequeña galaxia de nuestro hogar, completando mi fortuna.

La vida es abrir puertas: unas veces nos las abren a nosotros, otras veces podemos abrirlas nosotros. La Literatura, en especial la de investigación, no se puede concebir sin una sucesión de personas que te van abriendo una puerta tras otra. Luis Alberto de Cuenca, mi maestro y amigo, a quien admiraba y ahora, además, quiero de una forma muy entrañable, me abrió las puertas de esta república de las letras, donde por cierto no abundan figuras con su generosidad, al apadrinar mi primera novela, *Queridísima Elena: Desde el frente de batalla*

*Queridísima Elena*, novela a la que cada vez tengo más cariño, no por mis méritos, sino por la cantidad de momentos agradables que me ha hecho pasar celebrándola y comentándola con viejos y nuevos amigos, me llevó hasta Alejandro Pérez-Lafuente, otro dadivoso personaje del panorama cultural, que dirigía cuando le conocí la magnífica revista *Madrid histórico*. Alejandro cayó enamorado de la Universitaria y, como bueno que es, me abrió las puertas de Miguel Tébar, director de Ediciones La Librería, quien, sospecho, sabe que publicar libros es algo

más que producir papel. Y Miguel me llevó de la mano hasta Javier Fernández. Decir que Javier ha sido el maquetador de este libro es quedarse muy corto. Un libro como este de la Universitaria, tan rico en fotografías y documentos, valiosos pero heterogéneos y de difícil tratamiento gráfico, había que armarlo con mucho oficio, cariño, dedicación... y paciencia. Javier, que tiene todas estas virtudes, y sin ser en principio un apasionado del tema, también se enamoró de la Universitaria, reenamorándome a mí de paso con el proyecto en la fase de maquetación cuando yo ya lo había dado mentalmente por concluido. Juntos «hemos visto» la Universitaria del 36 y hemos sufrido el dolor de todos los soldados y madrileños –sus abuelos, los míos, los de todos– en largas horas de trabajo codo con codo revisando piezas y piezas de material.

Decía mi padre, viejo soldado de Infantería, que los militares eran parcos en palabras pero ricos en emociones. A lo largo de estos años me he topado con ejemplos de cortesía militar exquisita, efectivamente parca pero espejo de educación en unos tiempos en que eso –la cortesía, las buenas maneras– va siendo un lujo. El personal del Archivo General Militar me abrió las puertas de ese mar de documentos, de esa joya, que custodian con esmero y pundonor (seguro que con pocos medios) en el bello palacio de Polentinos de Ávila. En otro histórico lugar, la base aérea de Cuatro Vientos, los encargados del Centro Cartográfico y Fotográfico del Ejército del Aire, también me atendieron con extrema amabilidad y profesionalidad en ese otro archivo de lujo que custodian.

Guillermo Rocafort y Emilio Domínguez, que llevan la Legión en el corazón, me abrieron las puertas de su Hermandad, hermoso remanso de cultura militar y tradiciones en pleno centro de Madrid, deliciosa calle de San Nicolás. Y me guiaron, además, hasta el teniente coronel don Julio Salom, a la sazón jefe de la gloriosa I Bandera, quien me facilitó fotos e información sobre las múltiples laureadas y condecoraciones, colectivas e individuales, del Tercio. El brigada don Antonio Bujalance, otrora paciente guardián de otra joyita, el Museo Militar de Tenerife, me abrió de par en par las puertas de la memoria del capitán Landero –«inquilino» de la Universitaria en guerra y héroe del Mosquito, batalla de Brunete– y de las fuerzas expedicionarias de la isla, que se cubrieron de gloria en la «Ciudad». Por último, el en su día suboficial mayor de otra señera unidad, el Regimiento de Pontoneros de Zaragoza, don Raimundo Partido, me facilitó un documento

valiosísimo: el brillante historial de tal unidad durante la Incivil, con el pude reconstruir lagunas al respecto de la pasarela de la muerte.

Mi primer editor, Lucas Molina Franco, luchador en pro de la Historia Militar, me llevó literalmente hasta los grupos de recreación histórica, en una «batalla del Ebro» en pleno agosto del 2010. Allí me enamoré de esta corriente que, lejos del «tipismo estafalarío» al que algunos la quieren relegar, reivindica un escribir de la historia eminentemente práctico, y, por ende, eminentemente objetivo: nada valen las ideologías, por otro lado ajenas a nuestros tiempos, ante la evidencia de los cascos y las armas, de los lugares, de los restos, de los uniformes y los complementos, en fin, de las «cosas» que llevaban los que combatieron. Allí he conocido a los mejores especialistas en armamento y uniformes, pero también de otras materias más enjundiosas, en mis ya largos años dedicados a la lectura y al estudio de la Guerra Civil. Más de un erudito palidecería ante la riqueza de conocimientos de esta gente sólo aparentemente «campestre». Gracias, por tanto, a Óscar y Antonio y sus *legias* maños del Frente de Aragón, pero sobre todo a mi amigo Miguel Ortego y sus valientes del Frente de Madrid, que ora se visten de legionarios de la 16.<sup>a</sup> compañía, IV Bandera, brecha de Badajoz, ora de anarquistas uniformados del IV Cuerpo de Ejército mandado por un albañil, ese hombre de una pieza que fue Cipriano Mera.

Ya en la Universitaria, he de agradecer a Dominique Dumas, secretario de la *École des hautes études hispaniques*, que me abriera literalmente las puertas de esa maravilla que es la Casa de Velázquez. Todavía recuerdo la emoción que me embargó la primera vez que pisé su lindo claustro —la *colonnade*— y vi en sus arcadas impactos de la guerra: mi abuelo, al que nunca conocí pero al que tanto quiero y admiro, había estado allí mismo muchos años atrás aguantando esos tiros... Aunque no he tenido la suerte de conocerla en persona, la doctora Chías me guio virtualmente por esa maravilla de campus que fue en su día la Universitaria gracias a su pionero libro publicado por la Complutense en los ochenta del pasado siglo. Tres librereros de viejo, a los que quiero con especial devoción, me consiguieron títulos raros que me ayudaron a «ver» la Universitaria del 36: Pruden, de la calle Ibiza, cuyo padre, viejo socialista de pro, decía que si los nacionales hubieran entrado en Madrid en noviembre del 36, el pueblo «literalmente se los hubiera comido»; Gonzalo, que piensa todavía en la Utopía y dejó una vida acomodada por irse a vender libros en un puesto de la feria en la que aprendí a leer: la Cuesta de Moyano; y Diego, joven de vasta cultura,

aquejado del mal de España –ese amor-odio que sentimos hacia nuestra patria–, y que cada vez que paso por su establecimiento me saca una silla para sentarme con él a departir de lo divino y de lo humano.

Muy al final de mi investigación ocurrieron dos milagros en forma de encuentros de gran valor sentimental. Uno vino de la mano de mi maestro y amigo don Carlos García Ibán, a quien tanto agradecimiento debo en mi vida, y que me abrió literalmente las puertas de su casa y me presentó a Gloria, hija del heroico capitán Vaquero Santos, quien con generosidad, pero también con el dolor que produce siempre recordar, me facilitó datos de alto valor sentimental y preciosos documentos sobre la memoria de su padre. Y cerrando el círculo, fue de nuevo mi novela, *Queridísima Elena*, la que me trajo a la familia Barón Rojas-Marcos, que en una inolvidable jornada en Sevilla, me hablaron del valor de su padre y pusieron a mi disposición todo su archivo, todos sus sentimientos, toda su simpatía y una comida al más puro estilo andaluz, con jamoncito, tortas de camarones, palitos y olivas de las grandes... Si de ambos personajes –el capitán Vaquero, héroe del Parque del Oeste, y el capitán Barón, héroe del Hospital Clínico de San Carlos– conocía su valor gracias a los libros, gracias a sus familias entrañables descubrí para siempre lo grandes personas que fueron don Antonio Vaquero Santos y don Fernando Barón Mora de Figueroa.

Para terminar, efectivamente hay un lugar común en los agradecimientos que hacemos los escritores: seguro que alguien se nos olvida. Pedirles perdón no basta, así que, sobre la disculpa, añado un agradecimiento muy especial a todas aquellas personas que, aunque sólo fuera porque aguantaron un ratito mis «batallitas» de la Universitaria, ayudaron a mejorar este libro o a impulsarlo de alguna manera.

Gracias a todos.

# Presentación

Pero ¿por qué un estudio sobre la Guerra Civil en la Ciudad Universitaria de Madrid? Quitando la fascinación personal que siempre me ha producido el pensar que las bellas facultades por donde paseaba en mi juventud fueron un día escenario de una cruenta batalla, lo cierto es que el verdadero motivo que al final me impulsó a escribir este libro fue el de tratar de cubrir, siquiera modestamente, lo que considero una laguna inexplicable en la copiosa bibliografía de la guerra. Porque si el frente de Madrid es uno de los asuntos sobre los que más se ha escrito dentro de uno de los asuntos sobre los que más se ha escrito nunca, la guerra de España, muchos de los libros se han limitado a copiar textos que a su vez copiaban otros cuyas fuentes eran dudosas, remotas o legendarias, dejándose en el camino respuestas precisas a preguntas tan sencillas como estas: ¿qué unidades defendían cada facultad de la Universitaria?, ¿qué batallones pasaron por este sector?, ¿quién los mandaba?, ¿cada cuánto se relevaban?, ¿cómo se abastecía esa frágil cuña que representaba la máxima penetración nacional sobre la capital de España, en poder de los republicanos durante toda la conflagración?, ¿cuál era, en fin, la rutina diaria de los soldados que defendían las ruinas en que se convirtió tan prometedor recinto?

Así, lo que empezó siendo no más que un artículo basado en una documentación inédita procedente de los archivos paternos se fue convirtiendo semana tras semana, mes tras mes, año tras año en un monstruo que me subyugaba, demandándome cada vez más información y exigiéndome contar una historia total sobre la contienda en la Ciudad Universitaria de Madrid desde la batalla por su posesión en noviembre de 1936 hasta su final el 28 de marzo de 1939, pues increí-



blemente nadie lo había hecho antes..., y que conste que lo que ahora presentamos, producto de esos muchos años de investigación, no pretende ser una obra ni mucho menos exhaustiva, sino solo un primer ensayo globalizador que esperamos se vaya enriqueciendo con nuevas y más ricas aportaciones, pues el tema sin duda lo merece.

Y como la claridad debe ser la cortesía del escritor, si nos permite Ortega parafrasearle, hemos intentado por un lado «describir» cómo fue la guerra en la meseta universitaria basándonos en documentos objetivos y fehacientes, pero por otro también «narrar» la vida diaria de los soldados que la defendieron, intentando hacerlo de una forma evocadora para que el lector actual comprenda definitivamente la brutalidad que representa toda guerra «incivil», máxime cuando sus trincheras se asientan sobre las aulas de un complejo pensado para formar a los jóvenes estudiantes. Narración, digámoslo desde el principio, forzosamente subjetiva pues depende del sujeto que narra, pero no por ello carente de verdad, y, además, obligada, pues opinamos con don Julián Marías que el deber del historiador o del aficionado que aborda la Historia, tal es mi caso, es mostrar lo que *fue* en base a hechos —descripción objetiva, repetimos—, pero contar *cómo fue* —y esa es la narración subjetiva u obligación de hilar lo que se cuenta que tiene todo el que expone una historia— (sacar solo datos a la luz sin pretender

hacerlos vivos, sin *revivirlos* en una palabra, sería como extraer fósiles de las rocas sin tratar de darles una explicación que los haga inteligibles). Es por esto por lo que por esta historia circulan de la mano datos inéditos hallados en fuentes primarias pero también citas de autores precedentes, que aparecen salpicadas en el texto con preferencia a esas eruditas notas a pie de página, porque concebimos la cita como parte de la narración, incardinada en ella como un elemento más, amén de como homenaje, pues cuando se mencionan fuentes se han seleccionado previamente sobre una globalidad de posibles referencias, sobreviviendo siempre las que más enjundia y verdad contienen.

Para terminar, permítaseme una última nota aclaratoria: toda historia debe tener un punto de vista desde el que es narrada. Si en esta aproximación histórica el punto de vista es preferentemente el del bando nacional se debe a que, una vez tomada por Franco la decisión de desistir de la entrada en Madrid por asalto directo a finales de noviembre de 1936, fue este bando el que pasó a estar a la defensiva en el recinto de las facultades, siendo por tanto el principal protagonista de la guerra en la Ciudad Universitaria. La mayor cantidad y calidad de documentos conservados de esta facción justifican también esta decisión. Obviamente, en el texto se hacen todas las referencias necesarias para entender las fuerzas y disposición del bando atacante aquí, que era el republicano, del que se dispone casi siempre de menor información en los archivos consultados. Ojalá otros investigadores vayan completando algún día las lagunas que aquí queden.

En cualquier caso, al final, el resultado de esta historia sobre cómo una de las más bellas ciudades universitarias del mundo acabó en ruinas salpicada de trincherones, embudos de minas y muertos, ya solo lo puedes juzgar tú, lector...



Observatorio de Getafe, noviembre de 1936. El imparable avance sobre Madrid va siendo frenado. Oficiales y periodistas contemplan Madrid a lo lejos (el cuarto por la izquierda es el capitán de Artillería don Fernando Barón Mora-Figueroa, que en breve caería mortalmente herido en el Hospital Clínico; a su derecha, el famoso reporter de ABC Sánchez del Arco).

## El marco necesario: la guerra llega a Madrid y se estanca

«Madrid, Madrid, Madrid»

La batalla de Madrid tuvo un objetivo preciso, categórico, muy bien definido y el mismo para ambos contendientes: la ciudad. Conservarla a todo trance para unos; conquistarla a viva fuerza para otros... Pocas veces el objetivo de una acción bélica se ha mostrado con tan sobresaliente poder como en el caso de la batalla de Madrid, por cuanto era a la vez objetivo de valor estratégico y táctico, político y social, económico y geográfico, y además podía ser también el objetivo decisivo de la contienda.

Vicente Rojo, *Así fue la defensa de Madrid*

Cuando en noviembre del 36 las fuerzas nacionales se plantan ante las puertas de Madrid en disposición de intentar su asalto lo hacen en la peor de las condiciones posibles. Vienen cansadas después de una cabalgada rápida, intensa y de efecto desgastador desde su base de operaciones, Andalucía. Han sufrido el retraso, obligado en una guerra civil en la que el factor moral es trascendental, del desvío hacia el Alcázar de Toledo –«objetivo espiritual», «llamada sentimental»– tras ir encontrando cada vez mayor resistencia por parte de su enemigo y sumando meses y kilómetros de combatir a las espaldas. Llevados por la inercia de su línea de progresión llegan por una ruta tácticamente desaconsejable, la que se encuentra con uno de los más difíciles obstáculos naturales para unas fuerzas en ataque –un río, el Manzanares, del que todo madrileño se ríe, pero río al fin y al cabo–, sin posibilidad ni tiempo de corregir la postura de asalto (recordemos las palabras del

tratadista militar Lidell Hart al hablar del *Expanding torrent* o teoría según la cual las tropas, como las aguas, buscan siempre la línea de menor resistencia, que no siempre es la óptima).

Hay inconvenientes desde todos los puntos de vista: número reducido de fuerzas tanto para las proporciones canónicas ataque-defensa como por la magnitud del objetivo —20 000 hombres en la mejor de las estimaciones para una capital de un millón de almas—; la orgánica para la empresa no es la adecuada, pues las columnas iniciales, de concepción «africana» y cuya movilidad ha sido clave hasta ahora, van quedándose obsoletas sin la entidad requerida para la empresa, sin cuerpo de divisiones, sin músculo para una acción sostenida. No hay posibilidad de relevos ni refuerzos significativos en el corto ni aun en el medio plazo, lo que no hará sino agravarse cuando empiecen a producirse las bajas altísimas que les esperan (así, por ejemplo, en el momento crítico de la acción —día 17 de noviembre— sufrirán alrededor de 300 bajas, entre ellas un jefe de columna, dos comandantes y 11 oficiales). Su única línea de comunicaciones con la retaguardia es larguísima además de vulnerable en varios puntos, empezando por su propia base en el sur de España, con amplias zonas en las que todavía se combate y se seguirá combatiendo a lo largo de toda la contienda.

Solo la mayor calidad de sus tropas, la atracción del objetivo, la falta de otras oportunidades estratégicas pero, sobre todo, una moral de victoria encomiable dada la situación y primer factor del éxito en la doctrina militar española, aconsejan el envite. Voluntad de vencer rayana en algunos mandos en un preocupante optimismo —el optimismo siempre lo es cuando subestima al enemigo— que conducirá a un plan de ataque más propio de un desfile de la victoria que de un asalto en toda regla (la orden de operaciones del general Varela aparece reproducida y casi siempre criticada en la bibliografía básica sobre la batalla: en ella se habla de progresar por las calles de Madrid con suma facilidad, sin tener en cuenta el cambio fundamental que se ha operado en la moral defensiva de su oponente). Un mero repaso a la prensa de la época en este bando también nos da idea de cuán cerca estaba ese optimismo de un triunfalismo colectivo exacerbado y que haría en su momento más duro el desistimiento de la toma de Madrid.

En cualquier caso, esa «fe inquebrantable en la victoria» ha sido uno de los motores principales que ha traído a los rebeldes hasta las puertas de la Villa y Corte, espíritu del que han estado imbuidos desde el inicio de la guerra, incluso cuando todas las circunstancias les

eran adversas (o recordemos el discurso radiado del ministro socialista Prieto en agosto del 36 y su napoleónico «dinero, dinero, dinero» como garantía inapelable del triunfo del Gobierno), y que ha logrado contagiar asombrosamente a su adversario mediante un curioso mecanismo psico-sociológico, pues este llegará a otorgar a los nacionales un poder omnímodo del que carecen en absoluto pero que, hasta el momento, ha hecho buena la frase de Franco: «Cuanto nos proponemos lo realizamos sin que puedan impedirlo». Sentencia, por cierto, que va a dejar de ser cierta ante el poderío de los Madriles, lo que intuye un ya Generalísimo, quien demolidor o realista sobre todos espeta casi como único fundamento de la decisión un inquietante: «Dejemos que Varela lo intente, siempre ha tenido mucha suerte...», lo que suena a plegaria más que a orden teniendo en cuenta que la *baraka* no valía para una guerra en toda regla como la que ya sufría España.

Porque además, su enemigo, subestimado por el comportamiento que ha mostrado en los combates previos de aproximación a Madrid, cuenta en el momento del ataque con al menos tres factores de éxito fundamentales, cada uno de ellos importante por sí solo, con un efecto multiplicador si se unen como fue el caso: un plan de fortificaciones y unas fortificaciones propiamente dichas impecables, dirigido aquel con gran acierto por un militar de carrera (el coronel don Tomás Ardid Rey) y ejecutadas estas por piquetes de obreros profesionales con tiempo y esmero; unos refuerzos importantes cuantitativamente pero, sobre todo, cualitativamente, y como apoyo moral, esas Brigadas Internacionales –*Camaradas, / entonces / os he visto\**– atravesando la ciudad en marcha de aproximación hacia el frente para unirse a otras fuerzas ya disciplinadas, lejos de la imagen de los milicianos desharrapados de la primera hora, sumando entre todos como poco 30 000 hombres útiles para la defensa y recibiendo además para entonces material y asesoramiento soviético en grande escala... Pero sobre todo, un mando unificado en la Junta de Defensa de Madrid, que canalizará los esfuerzos de unos combatientes enardecidos por la presencia del enemigo *ad portas*, mas también por lo que consideran una traición de sus políticos, que abandonan la capital trasladando el Gobierno a Valencia (no olvidemos ese control de Tarancón donde un piquete anarquista soliviantado retiene a miembros del mismo, ni el pesimismo de algunos, así el de Prieto confesándole a su mano derecha, Zugazagoitia: «No se haga

\* Del poema *Llegada a Madrid de la Brigada Internacional*, de Pablo Neruda.

usted ilusiones, las tropas de Franco estarán en la Puerta del Sol [en dos o tres días]», o la indignación de otros, como la de Barea, siempre imprescindible para tomarle el pulso a la ciudad en estos días: «¡El Gobierno de Guerra se marchaba, huía!» y la de Max Aub, más castizo aún, para quien sencillamente «el Gobierno se las piraba». A más, el propio Largo Caballero en sus *Recuerdos*, llegada esta hora del esfuerzo decisivo que acababa de exhortar a los madrileños en encendida proclama, se mofa del general al que acaba de encargarse la defensa de la ciudad, tal era su confianza en el intento).

Esos madrileños y los miles de refugiados llegados a sus calles serán –bien que a su pesar– sufridos partícipes de la hazaña: los simpatizantes del Frente Popular, partícipes activos por su apoyo (pero solo apoyo) al ejército que por él combate, desesperados por la falta de oportunidades e inflamados por un despliegue propagandístico más que meritorio –aguantarán con el fanatismo que solo produce el saber que no hay otra opción–; y los simpatizantes de las fuerzas atacantes, partícipes pasivos por un miedo atroz que los anula (las matanzas que se están produciendo en la retaguardia por fuerzas descontroladas pero, sobre todo, por las controladas, invalidan de raíz la posibilidad de una quinta columna, y decimos posibilidad porque en esas fechas nunca había llegado a constituirse en verdadera realidad pese a la famosa frase de Mola, dicha con ánimo de apoyar la maniobra para sembrar el caos, pero al fin contraproducente al crear una coartada justificativa de los crímenes. «Comience la masacre... Sin piedad... ¡No te importe equivocarte!», leemos en los *Hombres made in Moscú* de Enrique Castro Delgado). Sí, definitivamente estamos con Rojo: el pueblo de Madrid en estas dos vertientes, el que apoya la lucha en el lago de la Casa de Campo y el que cae liquidado en Paracuellos, va a ser, *fue* heroico, aunque, repetimos, bien que a su pesar.

Porque el protagonista real de esta sucia batalla de desgaste será el Ejército español, quien, partido por la mitad, dividido dramáticamente en dos facciones enfrentadas, será el que lleve el peso de la batalla en uno y otro bando, llegando a ser la guerra para nuestros militares en esos momentos más fratricida que nunca (no en vano, el levantamiento de julio ha devenido en guerra civil por la partición en su seno, sin la cual hubiera sido golpe de estado no más). Remarcamos esto en especial en lo tocante al bando gubernamental, pues por encima del mito de la resistencia popular, por encima de la imagen romántica de las milicias exaltada hasta la exageración, por encima de la sobredimensionada ayu-

da interbrigadista, serán los restos de las fuerzas regulares del Ejército –ahora germen de uno nuevo popular– y los numerosos cuadros de mando leales los que vertebrarán el conjunto de la defensa de Madrid.

Creció el orden y la disciplina, se elevó la moral y las fuerzas adquirieron cohesión [...] Siempre que se produjo una crisis tuvo que ser resuelta por algún batallón regular: los carabineros de Trucharte [...] los soldados de Romero [...] los carabineros de José M.<sup>a</sup> Galán en apoyo de su hermano Francisco [...] el batallón presidencial en el puente de San Fernando; los batallones de Sabio en Usera y en la Ciudad Universitaria; los guardias de asalto en Rosales y la Moncloa; los soldados de remonta en el paseo de Moret.

Esto dice Salas Larrazábal, don Ramón, en un tono muy cercano al homenaje sentido hacia su otrora enemigo en la monumental *Historia del Ejército Popular de la República*.

Y es que al final, y a la fuerza impuesta por las circunstancias, las diferentes fuerzas gubernamentales aceptarán como única tabla de salvación la disciplina y superioridad técnicas de un Estado Mayor profesional, que en un esfuerzo titánico y en un tiempo récord, o mejor, sobre la marcha, sacará cohesión de un conglomerado desordenado mas poderoso y aprovechará la ventaja táctica de operar por líneas interiores que su posición central le confiere ante el enemigo. Los militares adictos al Gobierno, por fin, van a poder mandar en el amplio sentido de la palabra y sin el riesgo constante de que se les acuse de traidores, lo que sus compañeros de promoción, de destinos y de fatigas en el otro lado de la colina van a notar en el combate cuando se encuentren una defensa mucho más ordenada y tenaz que la vista hasta ahora. Al decir de Rojo, «en aquel momento nos dispusimos a rehacer en un día lo que llevábamos cinco meses destruyendo», o de Salas nuevamente: «En la capacidad de rehacer la autoridad, el orden y la disciplina, estribaba todo el problema. Los medios eran más que suficientes, no ya para resistir, sino para destruir al enemigo». Ambas cosas –rehacer, resistir– serán logradas sobradamente por la Junta de Defensa de Madrid, con un nombre como estandarte –Miaja, el general del que Largo se mofaba– y un organizador como alma –el a la sazón teniente coronel de Estado Mayor don Vicente Rojo–, eficaz tándem que tomará la batuta que ha tirado indecorosamente su Gobierno para hacer que el conjunto obre el milagro de convertir Madrid en ese rompeolas de Machado contra el que el Ejército nacional se dé de bruces.